

ala delta

Fernando LALANA

EL TRUCO MÁS DIFÍCIL



Ernesto quiere ser mago como su abuelo. Por eso entrena horas y horas delante del espejo de su habitación. Los trucos pueden ser de verdad apasionantes, sobre todo los que vienen en un viejo libro que Ernesto y su hermano Nico, aprendiz de detective, encuentran en el desván.

Fernando Lalana, licenciado en Derecho, se dedicó muy temprano al mundo del teatro. Siendo muy joven publicó su primer libro para niños y desde entonces ha editado doce novelas.

*Para M.^a Teresa Ballesta,
que sabía realizar el truco más difícil
como nadie.
Amiga de todos nuestros personajes.
Amiga nuestra.*

Índice de contenido

Cubierta

El truco más difícil

Primera parte: Aquí

1. El gran Ernestini
2. Perito mercantil
3. El Gran Félix
4. Momentos de tensión
5. Nico Holmes
6. Expedición al desván
7. El baúl
8. «*Tractatus ignoti*»
9. Llegan los feriantes
10. «*Fallacia difficillima*»
11. Noche de estreno

Segunda parte: Allá

12. Lo blanco y el negro
13. *El Incroyable* y la puerta
14. El encuentro
15. Ensayos
16. El pasadizo

17. Un plan magistral
 18. Un problema gordo
 19. La búsqueda
 20. Gutiérrez
 21. Un pequeño gran paso
- Último capítulo

Notas

PRIMERA PARTE: AQUÍ

1. El gran Ernestini

EL jefe de pista, un hombre gordísimo, de cara redonda, ojos redondos, ombligo redondo y enorme mostacho, cogió el micrófono. Mientras, la pequeña orquesta atacaba una alegre melodía y la hacía polvo.

Había llegado el momento de presentar el número fuerte de la noche. El hombre carraspeó, trasladó hasta el centro de la pista sus ciento quince kilos de peso, y desde allí, agitando en una mano su chistera de color indefinible, pronunció las palabras de rigor:

—¡Señoras y señores! ¡Niños y niñas! ¡Papás y mamás! ¡Público en general! Por fin, la atracción más esperada por chicos y grandes. El Circo Universal se complace en presentar ante todos ustedeeees... —¡Tatacháaaaan!, hizo la orquesta— ¡... al Gran Ernestiniiiii!

No hizo falta pedir una ovación. Espontáneamente puesto en pie, el público recibió con estentóreo aplauso al más grande ilusionista de todas las épocas.

El Gran Ernestini irrumpió en la pista sonriente, lanzando destellos, ataviado con su habitual traje de lentejuelas plateadas. Correspondió a la calurosa bienvenida del público con unas inclinaciones de cabeza y, acto seguido, sin mediar palabra, empezó a realizar prodigios increíbles.

En un instante brotaron de sus manos grandes ramos de flores naturales que arrojó seguidamente a los espectadores. Docenas de pequeños conejos blancos aparecieron en los lugares más insospechados, ante los asombrados ojos de la concurrencia. En medio de impresionantes

llamaradas, surgieron bandadas de palomas que, tras sobrevolar las cabezas de los asistentes, fueron a posarse mansamente en las manos del genial prestidigitador. De su chistera mágica brotaron de repente luminosos surtidores de chispas, centellas y cintas de colores.

El público, pasmado y boquiabierto, lanzaba tremendas exclamaciones –¡Ooooooh! ¡Aaaaaah!– y aplaudía a rabiar cada uno de los números.

Por último, se hizo el silencio. El Gran Ernestini iba a realizar su truco más difícil y espectacular. La luz de dos potentes reflectores se centró sobre su figura. Los espectadores contuvieron la respiración. Redobló largamente el tambor.

Y entonces...

–¡A comer!

El Gran Ernestini dio un respingo.

«¡Oh, no!», pensó.

–¡Vamooooos! –gritó la misma voz–. ¡Todo el mundo a la mesa!

Desapareció el Circo Universal.

Se volatilizaron el público y el gordísimo jefe de pista.

Se esfumó el traje de lentejuelas plateadas.

Y el Gran Ernestini volvió de golpe a la realidad para encontrarse convertido de nuevo, sencillamente, en Ernesto Garcigómez, catorce años recién cumplidos, castaño tirando a pelirrojo; de profesión: estudiante de octavo de EGB y, según él, el mejor prestidigitador de su colegio.

A toda prisa, Ernesto se quitó la chistera y escondió en un cajón su bastón mágico y sus barajas gigantes. A continuación, introdujo en su jaula las dos palomas blancas de que tan orgulloso se sentía y las depositó con cuidado en lo alto del armario.

–¡Ya voy, mamá! –gritó, mientras salía de su cuarto camino del comedor.

Al llegar, encontró ya sentadas a las gemelas. Tenían siete años y eran absolutamente idénticas, hasta el punto de resultar indistinguibles para cualquier persona ajena a la familia.

En cuanto vieron aparecer a su hermano, les brillaron los ojos.

–Nezto, haznoz algún truco –pidió Elisa.

–Aquí, no –respondió Ernesto en voz baja–. Ya sabéis que a mamá no le gusta. Si nos pilla, bronca segura.

–Anda, por favor... –insistió Lucía–; uno facilito.

Ernesto sentía debilidad por sus hermanas, así que resopló y escudriñó el pasillo en dirección a la cocina.

–Bueno... –concedió–; pero sólo uno ¿eh?

Con ademán profesional cogió su servilleta, la desplegó, y cubrió con ella uno de los vasos que había sobre la mesa. Por unos instantes imitó el redoble del tambor. Luego, lentamente, realizó un pase mágico y, de improviso – ¡hop!–, lanzó al aire la servilleta.

El vaso se había esfumado.

Los ojos de las gemelas se abrieron como platos de postre.

–¡Fantáztico! –dijo Elisa.

–¡Zenzacional! –confirmó Lucía–. Pero ¿dónde eztá?

Con cierta parsimonia, Ernesto cogió la cesta del pan y la acercó a la chicas. Elisa retiró uno de los panecillos y... ¡efectivamente! Allí estaba el vaso perdido.

Las gemelas aplaudieron encantadas.

–¡Chsssst! Silencio –rogó Ernesto–. Portaos bien y más tarde os enseñaré el nuevo juego de manos que he aprendido esta semana, ¿vale?

–¡Vale! –respondieron ellas al unísono.

En ese mismo instante se abrió la puerta de la habitación e irrumpió en escena un personaje singular.

Se trataba de Nicolás, el hermano «de enmedio», quien, a sus nueve años, presumía de ser un consumado actor de teatro, cine y variedades. Constantemente interpretaba los más diversos papeles con total aplomo. Y, no contento con ello, tenía además la sana costumbre de disfrazarse adecuadamente para cada ocasión. No era raro verlo ataviado de fakir hindú; o de pirata malayo, o de contrabandista italiano...

En aquel momento vestía una gabardina de su padre, la cual, claro, le venía doce tallas grande; y se cubría con un horrendo sombrero que, sin duda, tenía el mismo paterno origen que la gabardina. Completaban su atuendo una estupenda cachimba de marfil y una lupa de diez aumentos.

Nicolás miró reposadamente a sus boquiabiertos hermanos.

—Me llamo Holmes. Nico Holmes. Ya saben: el famoso detective —afirmó, muy serio, a modo de saludo.

Un instante después, la que se oyó al fondo del pasillo fue la voz de don Mauricio, el cabeza de familia.

—¿Dónde está mi pipaaa? —bramó—. ¡Esto es el colmo! En esta casa todo está siempre manga por hombro. ¡Cómo! ¡Y la lupa! ¿Quién se ha llevado la lupa que utilizo para mirar mis sellos?

Nicolás puso cara de susto.

—Será mejor que devuelvas todo eso inmediatamente —le aconsejó Ernesto, muy divertido con la situación.

Pero don Mauricio avanzaba ya a grandes zancadas por el pasillo, hecho una auténtica furia y haciendo imposible cualquier intento de retirada.

—¡Ajajá! ¡Nicolás! Debí figurármelo... De manera que las habías cogido tú. ¿Qué veo? ¡Y mi gabardina! ¡Y mi sombrero frégoli!

—Te confundes, papá —dijo Ernesto, muy serio, saliendo en defensa de su hermano—. Lo que ha hecho Nico es

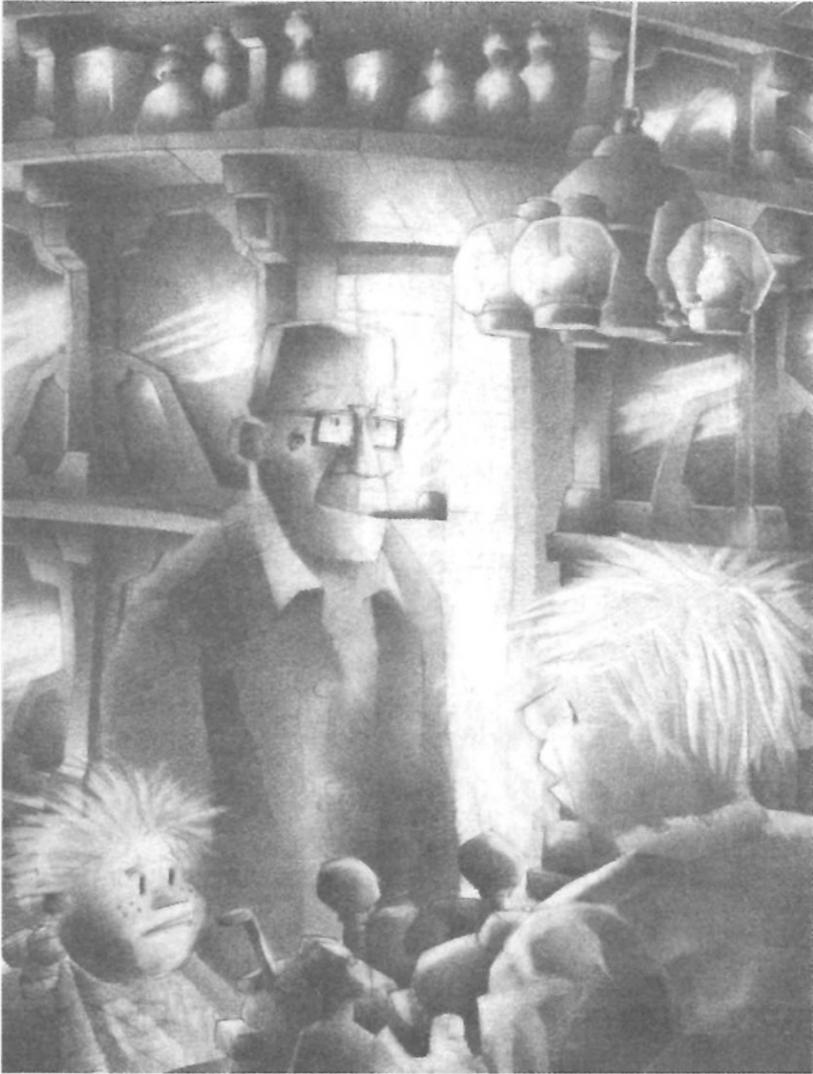
recuperar todas estas cosas que tú habías perdido. Es un gran detective privado.

Y guiñó un ojo a su padre, que levantó la vista hacia el techo.

–No, si aún tendré que darle las gracias... –se lamentó –. ¡Encima de que me desordena el ropero todos los santos días!

Los enfados de don Mauricio solían durar poquísimo. Esta vez no fue una excepción. Lanzó un par de bufidos, hizo dos o tres aspavientos más y, enseguida, cambió de tono.

–Muy bien, muy bien... Le quedo muy agradecido por haber recuperado mis pertenencias. Y reconozco que es usted la mar de sagaz, señor...



–Holmes. Nico Holmes. Especialista en grandes misterios. Mi tarjeta...

Sacó del bolsillo un trozo de papel cuadriculado escrito a boli y se lo alargó a su padre. Luego, señaló a su hermano.

–Perdón. Creo que no les he presentado. Mi ayudante, el doctor Watson.

–Ernesto Watson –completó Ernesto, estrechando la mano de su resignado progenitor.

–Mucho gusto –musitó éste, inclinándose levemente–. Y ahora... ¡dejaos de tonterías y vamos todos a comer!

2. Perito mercantil

LA comida transcurrió sin ningún incidente digno de mención. A no ser el de que las judías verdes estaban un poco sosas.

Y llegó la sobremesa. El momento que Ernesto temía más especialmente. Era entonces cuando don Mauricio aprovechaba para charlar con sus hijos, para preguntarles por sus cosas y aconsejarles en lo que pudiera. Una costumbre que a Ernesto le parecía estupenda. Lo malo era que, desde hacía unas semanas, el tema de conversación se repetía monótonamente.

–Ernesto, hijo...

–¿Sí, papá? –contestó, levantando la vista del libro que leía.

–¡Ejem...! Como ya te he dicho alguna vez, convendría que fueses pensando lo que quieres ser de mayor. Este mismo año terminas la EGB y...

–Ya, ya... Es que ¿sabes? Aún no lo tengo muy claro.

–Bueno, bueno, todavía te queda tiempo. Pero no dejes de pensar en ello. Y en cuanto te decidas, dímelo, ¿eh?

–Claro. Descuida, papá.

Tras cinco minutos de calma, solía venir un ataque mucho más concreto. Aquel día, la voz de don Mauricio sonó jovial y persuasiva.

–La verdad es que a mí no me ha ido nada mal siendo perito mercantil.

Diez segundos de silencio.

–Lo digo por si no lo habías pensado.

Veinte segundos de silencio.

–Claro que eso hoy en día no quiere decir nada. Las cosas han cambiado mucho últimamente.

Treinta y cinco segundos de silencio.

–Pero lo cierto es que a mí no me ha ido nada mal como perito mercantil, no señor.

Y así, una y otra vez.

Ernesto asentía y apretaba los dientes. Sabía que las insinuaciones de su padre se prolongarían aún durante un buen rato. Perito mercantil por aquí; perito mercantil por allá... La verdad es que estaba empezando a estar hasta el gorro. ¿Cómo podía su padre pensar siquiera que él, el Gran Ernestini, llamado a convertirse en el más grande ilusionista de todas las épocas, pudiera estar interesado en hacerse perito mercantil?

Claro que la culpa era suya en gran parte, por llevar su afición tan en secreto.

¿Y si se lo dijera de una vez? A lo mejor, hasta le parecía bien y todo. Además, no podría retrasarlo indefinidamente. Dentro de unos meses terminaría el curso y, con él, la posibilidad de seguir dándole largas al asunto.

Tenía que afrontarlo. Tenía que decidirse. Ya.

Se dio cuenta de que estaba sudando.

Miró a su padre de reojo. Se había puesto a leer el periódico. Poco más allá, su madre recogía la mesa ayudada por Nicolás.

Era la reacción de ella lo que más temía; más, mucho más que la de su padre. Había que verla cuando se enfadaba. Y con esto se iba a enfadar. Seguro.



Ernesto no comprendía muy bien el porqué, pero cada vez que su madre le pillaba ensayando alguno de sus números de ilusionismo, se ponía hecha una furia y le metía unas broncas de campeonato. Le decía que desordenaba la habitación, que manchaba la alfombra, que lo llenaba todo de papelitos de colores, de trozos de periódico y de cagaditas de paloma. ¡Y no era cierto! Ernesto, como